

## **MIGRACIONES Y DIGNIDAD HUMANA.**

La historia contemporánea de este país y su propia situación actual no pueden entenderse sin conocer y valorar con justicia la movilidad de muchas personas que, muy a su pesar, lo han ido abandonando o de aquellas otras que, también a su pesar, se están convirtiendo en sus nuevos habitantes. Es indiscutible, en tal historia, el protagonismo de los cuatro millones de compatriotas que tuvieron que marchar a las Américas entre 1880 y 1935, o el de los también numerosos españoles que no cabían con dignidad en la España franquista y tuvieron que colaborar en la reconstrucción de la Europa de posguerra, como el de las innumerables familias rurales afectadas por el éxodo hacia las capitales industriales y sus cinturones metropolitanos, o los llamados “emigrantes golondrinas”. El mismo grado de protagonistas de nuestra historia les corresponde a los numerosos inmigrantes africanos y suramericanos pobres que hoy se ven obligados a convivir –más mal que bien- con nosotros.

Y tal protagonismo les deviene tanto si se adoptan criterios cuantitativos como cualitativos de valoración: Sus aportaciones monetarias y productivas al crecimiento económico, sus actitudes valientes y arriesgadas, sus aperturas mentales y sus capacidades de aprendizaje les otorgan este honor. Una prueba evidente de lo dicho resultó ser el retorno de muchos de ellos, que se convirtió en motor de ciertas estructuras económicas y sociales de sus comarcas de origen, donde no existían o habían quedado estancadas. Quien es capaz de dejar su nido para poder seguir viviendo con dignidad merece no sólo el mayor de los respetos, sino el aplauso unánime de sus viejos y nuevos conciudadanos y hasta el agradecimiento de un sistema económico que cínicamente se aprovecha de ellos expulsándolos –válvulas de seguridad- y recibéndolos –trabajos duros y mal remunerados-.

No obstante, el papel de cancerbero que otorgó a España el tratado de Schengen le ha ido conduciendo a la pérdida de su profundo y culto sentido de la hospitalidad –de origen, por cierto, norteafricano-, de tal forma que nuestros gobernantes se consideran porteros y dueños de un territorio que nadie les ha dado en herencia. Todo les hace pensar que el sacramento del europeísmo nos ha convertido en europeos occidentales y desarrollados, por la gracia de Dios y a pesar de la Historia. Ello significa que “nuestra casa” se ha extendido muchísimo hacia el norte de los Pirineos -donde ya no empieza África- y ha fortalecido sus muros en el flanco sur -donde ya no existe el “mare nostrum”-. Esta estúpida, pacata y frágil visión geopolítica conduce paradójicamente a España a seguir siendo inexorablemente frontera del mundo desarrollado y su guardián. ¿Acaso un futuro más interesante de los países meridionales de la Europa Comunitaria no debería pasar por la superación de las propias fronteras continentales y la reconstrucción del Mediterráneo romano? Una ampliación de Europa por el norte de África otorgaría a España, por ejemplo, no sólo un emplazamiento más centrado en el conjunto territorial comunitario, sino también un verdadero reencuentro con sus raíces gentilicias y culturales, con sus viejos conocidos y parientes. Imaginarse al presidente Aznar con chilaba y turbante podría ser un buen ejercicio para despejar las dudas oficiales sobre tal parentesco. No obstante resulta curiosa la coincidencia de gobiernos sureños de la U.E. -como los de Aznar y Berlusconi- con los planteamientos

proamericanos y redentoristas del gobierno Blair, al prescindir de los criterios de justicia y derechos humanos en el tratamiento del tema de las migraciones en aras de primar unas seguridades y eficiencias francamente ridículas y obsoletas en una sociedad del riesgo, perfectamente tipificada por Ulrich Beck. Un simple y lineal neototalitarismo tiende a invadirnos apoyándose en dos estrategias -la del miedo y la del control mediático- convirtiendo a toda disidencia en sospechosa e introduciendo impune y vergonzosamente nuevas formas de xenofobia y racismo -inmigrante es igual a delincuente-.

“No seremos implacables más que con las mafias, adoptaremos unas actitudes exigentes y disuasorias con los irregulares, así como humanitaria para afrontar el reto de la integración, pero haremos cumplir la ley” -dicen nuestro gobierno y nuestra oposición, colocados por encima del bien y del mal, en el trono de la máxima sabiduría- pero, a su vez, muestran sus vergüenzas cuando, enumerando sus próximas tareas en relación con el asunto inmigratorio, consideran que la más importante de ellas es actualizar el contingente en función de las necesidades de la producción y el mercado.

Los inmigrantes, que no son tontos y están obligados por sus propias subsistencias a pensar con acierto, cordura y rapidez, se levantan, protestan y anuncian que se está desatando una caza de brujas contra ellos, porque si en realidad es el mercado el que manda, ellos saben que los mercados a los que ellos sirven no quieren personas pensantes, sino máquinas de trabajo, esclavos, y de eso es de lo que muchos de ellos huyen. Así, ya en enero de 2001, Pedro Laurel, coordinador de la Plataforma de Inmigrantes de Andalucía, declaraba que la nueva Ley de Extranjería recortaría aún más los pocos derechos y libertades que tenían los inmigrantes, incumpliría los acuerdos de Derechos Humanos y fomentaría la arbitrariedad policial. No se equivocaba en sus apreciaciones y los distintos sucesos de los dos últimos años están dándole la razón.

Pero ellos -huyendo del empobrecimiento de sus países causado por la rapiña indiscriminada del capitalismo globalizado, intentando escapar de las tenazas de un orden global que excluye y abandona a su suerte a las cuatro quintas partes de la población mundial- siguen viniendo y siguen siendo protagonistas de nuestra reciente historia. Ni los malos gestos, ni las nuevas normas legales frenan sus llegadas en busca de mejores condiciones de vida. Y los que vienen son los mejores, los que se atreven, los arriesgados, los que todavía pueden soñar con un futuro distinto para sus hijos, los que aprenden español con una rapidez envidiable, los que se organizan solidariamente en pequeñas comunidades familiares que aumentan y se multiplican. Y sin quererlo, se están convirtiendo en ejemplo para una sociedad decadente e inducida al pelotazo, se convierten en aldabones de las conciencias de muchos jóvenes que vegetan en institutos y universidades -siguiendo las leyes del mínimo esfuerzo- y que descubren nuevos quehaceres solidarios.

La nación, el territorio, las fronteras no parecen tener hoy la importancia fundamental que a veces les hemos dado. Además de productores de una economía globalizada, somos -sobre todo- herederos de la especie humana y ciudadanos del mundo. Por todo ello, queremos expresar -como profesores universitarios- que nos enorgullece ser anfitriones, compañeros y compatriotas de estos arriesgados y entusiastas buscadores de felicidad, porque la Universidad es universalidad y diálogo, porque entendemos que la única ética posible de la globalización pasa por la interculturalidad y ello se opone a la exclusión y al encerramiento en fortalezas

territoriales y regímenes de resonancias feudales. Entendemos que la solución del encierro de la Olavide no puede ser exclusivamente administrativo-legal, sino que también exige un compromiso político. En función de estos planteamientos, aplaudimos y nos ponemos a disposición de todos aquellos que –desde distintas perspectivas- luchan por una búsqueda digna de soluciones imaginativas y positivas –sin sacrificios de chivos expiatorios- para los encerrados en la Olavide. Y, finalmente, -como personas y ciudadanos responsables- nos sumamos a sus gritos: ¡Ningún ser humano es ilegal!  
¡Papeles para todos!.

**“Universidad y Compromiso social”**

**Sevilla, julio 2002.**